

# Formación del maestro y religión católica: del poder pastoral a la gubernamentalidad\*

## *Teacher training and Catholicism: from religious power to governmentality*

Recepción: abril de 2014  
Evaluación: julio de 2014  
Aceptación: febrero de 2015

Artículo de investigación

### Resumen

En el presente artículo se muestra cómo las prácticas y los discursos de la religión católica incidieron en la formación de los maestros para la infancia durante la primera mitad del siglo XX. La perspectiva metodológica utilizada se remite a algunas de las herramientas arqueológico-genealógicas propuestas por Michel Foucault, para dar cuenta de cómo los discursos que se movilizaban en torno a la fe Cristiana permearon directamente los principios de la formación del maestro, que fue caracterizándolo como un discípulo de Dios, encargado de cuidar

y conducir las almas puras e inocentes de sus alumnos hacia la verdad, el deber y la perfección moral, considerando que los niños eran la esperanza de un futuro venturoso de desarrollo y progreso para la nación, razón por la que los esfuerzos del maestro estaban puestos en formar al ciudadano ideal que profesara amor y fidelidad a sus creencias y a su Patria, estando alejado del pecado, para tales fines la escuela se convirtió en un escenario en el que se profesaban los dogmas religiosos como base de su función educadora.

**Palabras clave:** Religión Católica, maestro, formación, infancia, escuela, historia de la educación, Foucault.

Lola María Morales Mora<sup>\*1</sup>

\* Este artículo es resultado de la propuesta de investigación "La formación del Maestro para la infancia: Una mirada genealógica" que hace parte del proyecto Filosofía e Infancia: Investigación y posibilidades de innovación en la escuela rural, inscrito en la dirección de investigaciones de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, con registro SGI 1616, la propuesta mencionada pretende ubicar las condiciones que hicieron posible la aparición del maestro para las infancia en Colombia durante la primera mitad del siglo XX.  
\*\* Licenciada en Educación Preescolar, de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, lm\_morales@hotmail.com.



### **Abstract:**

The incidence of the practices and speeches of Catholicism over the education of teachers for childhood during the first half of the XX century is shown in this paper. The methodological perspective used, adheres to some of the genealogic-archeological tools proposed by Michel Foucault, to account for how the discourses that were mobilized around Christian faith permeated straightaway the principles of teacher training, portraying the teacher as a disciple of God, in charge of taking care and guiding the pure and innocent souls

of his students towards truth, duty, and moral perfection, considering that children were the hope for a fortunate future of development and progress for the nation. Reason why the efforts of the teacher were put on educating the ideal citizen who professes love and faithfulness to his Nation and beliefs, while staying away from sin. To that effect, school became into a setting in which religious dogma were professed as base for the teaching function.

**Keywords:** Catholicism, teacher, education, childhood, school, history of education, Foucault.

## Introducción

En la actualidad, la infancia se ha convertido en una categoría de investigación que es abordada por diversos campos de saber disciplinar y epistemológico, resaltando que la infancia se convierte en una construcción social y cultural que está influenciada por las condiciones particulares de cada contexto; por esta razón, con el presente artículo, se busca crear una aproximación a las concepciones que se tenían sobre la infancia durante la primera mitad del siglo XX en Colombia, tomando como punto de referencia la formación de los maestros, para llegar a una comprensión histórica de las condiciones que hicieron posible la aparición de los discursos y las prácticas que constituyeron al maestro como el sujeto que debía desarrollar las habilidades y capacidades exigidas para atender las necesidades físicas e intelectuales de los niños.

El contexto educativo de la primera mitad del siglo XX estuvo marcado por las relaciones de la Iglesia Católica con el Estado, era función del mismo, de forma constitucional, garantizar a los fieles el pleno goce de sus derechos religiosos. Sumado a lo anterior, se presentó un profundo cambio pedagógico y social al convertirse la escuela en una institución pública que estaba al servicio de toda la población colombiana, y a escala global “la escuela se convirtió en un innegable símbolo de los tiempos, en una metáfora del progreso, en una de las mayores construcciones de la modernidad” (Pineau, 1999, p. 28); por

lo que, el Estado se propuso la tarea de abrir la mayor cantidad de escuelas posibles, en los sectores urbanos y rurales del país, y formar en las escuelas normales a los maestros necesarios para atender a toda la población infantil que se encontraba en edad escolar y que necesitaba ser alfabetizada y educada, creyendo que los futuros adultos que tendrían que conducir los designios del país serían el reflejo de la educación que se les impartía en la escuela.

En este orden de ideas, Pineau (1999) argumenta cómo la escuela se configura tomando elementos propios de la cárcel y de los monasterios para controlar lo que acontece dentro de su espacio físico, así:

En ambos casos el espacio educativo se construye a partir de su cerrazón y separación tajante del espacio mundano, separación que se justifica en una función de conservación del saber validado de la época, y que emparenta a ambas instituciones a su vez con el templo antiguo. La escuela se convierte en la caja donde se conserva algo positivo de los ataques del exterior negativo. La lógica moderna le sumó a esta función de conservación de los saberes la obligación de expandirlos y difundirlos sobre su mundo exterior como una forma de su dominio (p. 31).

Se reitera que, tanto la escuela como el maestro desde su formación fueron pensados por el Estado y la Iglesia Católica como el escenario y los sujetos, respectivamente, que tenían la responsabilidad de resguardar, cuidar y

---

*El contexto educativo de la primera mitad del siglo XX estuvo marcado por las relaciones de la Iglesia Católica con el Estado, era función del mismo, de forma constitucional, garantizar a los fieles el pleno goce de sus derechos religiosos.*

---

educar a los niños según los principios morales y religiosos que constituían las bases de la nación, alejándolos de los malos ejemplos que podían tener de aquellos que vivían en pecado y no profesaban la fe cristiana. Sumado a esto, se resalta cómo la escuela se convirtió en un dispositivo<sup>1</sup> de producción de ciudadanos (Pineau, 1999, p. 28), que pretendía controlar los modos de ser y de pensar de las personas, empezando por los niños, quienes se percibían como seres maleables.

## Metodología

Las herramientas metodológicas arqueológico-genealógicas, desarrolladas por el francés Michel Foucault (2008), proponen

Sustituir la historia de los conocimientos por el análisis histórico de las formas de veridicción; sustituir la historia de las dominaciones por el análisis histórico de los procedimientos de la gubernamentalidad, y sustituir la teoría del sujeto o la historia de la subjetividad por el análisis histórico de la pragmática de sí y las formas adoptadas por ella (p. 15).

En este sentido, en el proceso de investigación se realizó un análisis de archivos de la primera mitad del siglo XX, donde se destacan documentos como Boletines y Revistas de Instrucción Pública y Memorias del Ministerio de Educación Nacional, localizando diferentes discursos en los que circulaban los principios de la Iglesia Católica como uno de los

pilares indiscutibles de la educación. Enunciados que movilizaron el surgimiento y la reafirmación de una serie de prácticas que caracterizaron al maestro de esa época, por lo que los enunciados ubicados son reconocidos como condiciones que hicieron posible la constitución de un sujeto maestro que respondía a los ideales de la fe Cristiana. Por otra parte, las categorías estudiadas por Foucault, y que él denominó como poder pastoral y gobierno, sirven como referentes para analizar las relaciones de poder que se tejían en la época en torno a la formación de los maestros y a la configuración de un sujeto que respondiera a los ideales espirituales de la nación.

Mediante un análisis de discursos y prácticas de la primera mitad del siglo XX en Colombia, se reconoce la influencia de los ideales de la Iglesia Católica en relación con la formación de los maestros para la infancia. Para tal efecto, se aborda el tema desde tres perspectivas particulares: en primer lugar, la religión como componente esencial en la formación de un maestro con las facultades espirituales necesarias para profesar la fe cristiana, y conducir las almas puras de los niños hacia los designios de Dios; en segundo lugar, la relación de la Iglesia con la educación, convirtiendo los ideales religiosos en principios escolares que estaban acordes a los fines de la Patria; y, en tercer lugar, la influencia de las creencias religiosas en la concepción de infancia que se tenía en esa época, otorgándole a los niños características relacionadas con la divinidad.

<sup>1</sup> Deleuze, desde los estudios que realiza de las teorías de Foucault, describe los dispositivos como una madeja, una unidad que se compone de líneas de distinta naturaleza, líneas de fuerza, de saber y de subjetivación.

## El magisterio es sacerdocio sublime

*Jamás un maestro cristiano renunciará por temor a la lucha, dejar de conquistar un alma para Jesucristo, él que todo lo puede (Gómez, 1916).*

Abordar la formación del maestro para la infancia, durante la primera mitad del siglo XX, implica profundizar sobre el entramado de relaciones que se tejieron en esta época entre la Iglesia Católica y la educación colombiana, teniendo en cuenta que, durante el periodo mencionado, la Iglesia como institución tenía dentro de sus funciones guiar las almas cristianas según los designios de Dios, y también “la obligación indiscutible de ir ampliando y desarrollando gradualmente la vida sobrenatural que sus hijos reciben al ser bautizados; lo cual hace, muy principalmente, por medio de la instrucción y educación religiosa” (Uría, 1946, p. 29). En el tránsito en el que la educación dejó de ser un privilegio de las élites para masificarse a todo el pueblo, condujo a que la Iglesia y la Familia, se vieran obligadas a compartir con la escuela su misión educadora, haciéndose evidente la necesidad de formar la mayor cantidad de personas para que ejercieran como maestros en las escuelas de todo el país, en este sentido,

la familia y la Iglesia [eran], pues las únicas sociedades que [tenían] potestad docente propia y ordinaria, comunicada inmediatamente por

Dios. A los padres corresponde la educación física e intelectual de sus hijos; y también la moral, bajo la dirección de la Iglesia; a esta última toca el arte de la salvación eterna a toda criatura. Cualquier otro maestro, [...] no tiene otra autoridad sino la que el padre de familia o la Iglesia hayan querido delegarle (Carrasquilla, 1914, p. 86).

De acuerdo con lo anterior, los maestros, además de ser personas consagradas al oficio religioso entre los que se destacaban sacerdotes, religiosos, diáconos, etc., también eran laicos que profesaban la fe católica y las costumbres religiosas, características que eran de suma importancia en el ejercicio de la enseñanza, por lo que “la primera y más importante obligación de un educador —alrededor de la cual giran todas las demás— consiste en profesar la fe cristiana, no sólo en el corazón, sino también con actos externos” (Celis, 1916, p. 424), dejando entrever que las tendencias y prácticas religiosas eran aceptadas socialmente solo desde el ideal Católico, estando ubicadas por encima del campo del dominio de saberes disciplinares o métodos de enseñanza, convirtiéndose en un requisito indispensable para quien pretendía llegar a ser maestro demostrar su lealtad a las creencias cristianas, y donde tener la recomendación de un Jerarca de la Iglesia Católica se convertía en la mejor carta de presentación para ser nombrado oficialmente en una escuela.

La movilización de este tipo de ideas religiosas en el plano formativo,

---

*Abordar la formación del maestro para la infancia, durante la primera mitad del siglo XX, implica profundizar sobre el entramado de relaciones que se tejieron en esta época entre la Iglesia Católica y la educación colombiana, teniendo en cuenta que, durante el periodo mencionado.*

---

dan cuenta de la relación directa que se construyó entre los fines evangelizadores de la Iglesia Católica y la labor que debía cumplir el maestro en el ámbito educativo. Esto es de gran importancia y trascendencia en un periodo en el que la sociedad colombiana estaba viviendo grandes transformaciones políticas, económicas y culturales, y en donde la Iglesia buscaba mantener su influencia sobre la población colombiana, a pesar de las reformas orientadas, principalmente, por gobiernos liberales.<sup>2</sup>

Durante la primera mitad del siglo XX, se resaltaba la función que, de acuerdo con la Iglesia, el maestro debía desarrollar; exaltando la profesión de ser maestro como una de las que más aportaba a los objetivos de modernidad y progreso por los que estaban encaminados los programas de desarrollo del Estado. En este sentido, se reconocía “la importancia del papel que desempeñan los que abrazan la carrera del profesorado; difundir las luces y sembrar la semilla del bien constituye uno de los apostolados más sublimes, más bellos” (Celis, 1916, p. 424), asignándole al maestro unas facultades de apóstol, entendido en ese contexto como un ser enviado por Dios, que tenía por misión promulgar la fe cristiana como principio esencial e inquebrantable en la vida de todo católico, invitando a todos a conformar el cuerpo de la iglesia, promulgando las ideas de conversión, en este sentido.

El maestro debía reconocer que “en el Evangelio están las lecciones más

eficaces, porque éste libro es el código de todas las magnificencias morales; sus enseñanzas son barrera de toda concupiscencia, sanción de todo desarreglo” (Gonzaga, 1913, p. 743). Así, la Biblia Católica era considerada como el libro primordial que fundamentaba el quehacer cotidiano del maestro y le posibilitaba “poner en práctica cuantos medios fueran adecuados para corregir aquellas almas que han sido confiadas a su cuidado” (Gómez, 1916, p. 426). Cabe destacar que, además de la Biblia se encontraban los catecismos, los cuales eran de uso obligatorio en las escuelas, en ellos estaban consignados las oraciones que todo Católico debía recitar, vidas de santos que servían como ejemplos dignos de ser imitados, el culto a la Virgen, el rezo del rosario y ciertas normas de comportamiento del buen cristiano, que debían ser apropiadas y replicadas por los niños a diario.

El uso de los textos sagrados era indispensable en las clases, estaban en estricta relación con los contenidos académicos y los manuales o libros de texto utilizados en las escuelas, eran diseñados y/o aprobados por representantes de la Iglesia Católica, situación fundamentada desde el Concordato entre la República de Colombia y la Santa Sede que, en su artículo XII, estableció que:

En desarrollo del derecho que tienen las familias católicas de que sus hijos reciban educación religiosa acorde con su fe, los planes educativos, en los niveles de primaria y secundaria, incluirán en los estable-

---

*2 Colombia cambia, de manera sustancial, durante la primera mitad del siglo XX; el motor de estas transformaciones, fueron los procesos de modernización que se emprendieron con el fin de entrar de lleno en la órbita del capitalismo mundial.*



cimientos oficiales enseñanza y formación religiosa según el Magisterio de la Iglesia. Para la efectividad de este derecho, corresponde a la competente autoridad eclesiástica suministrar los programas aprobar los textos de enseñanza religiosa y comprobar cómo se imparte dicha enseñanza. La autoridad civil tendrá en cuenta los certificados de idoneidad para enseñar la religión, expedidos por la competente autoridad eclesiástica.

Manifestando abiertamente su rechazo a cualquier tipo de educación o temáticas que se alejara de sus principios religiosos, pues se consideraba que desviar la atención de los niños hacia asuntos que no tuvieran a Dios como eje central atentaban contra el Estado, la sociedad y la familia, conduciendo a los alumnos por los caminos del mal, lo que tendría graves consecuencias en el futuro. Por ello, los maestros debían estar muy bien formados en su oficio para lograr cumplir “con fidelidad sus gravísimos deberes, contribuyendo poderosamente a la realización de los planes benéficos de Jesucristo sobre la Humanidad, planes que muy principalmente se encaminaban a la recta formación de la niñez” (Uría, 1946, p. 31).

En este orden de ideas, se consideró que “el magisterio es sacerdocio sublime [...] cuyo ejemplar es el Maestro Divino, Nuestro Señor Jesucristo” (Gonzaga, 1913, p. 740); con esto, se asignaba al maestro unas características de entrega desmedida hacia su trabajo, asumiendo una responsabilidad mayor en la medida en que era este quien llevaría las almas puras de los niños por los senderos

del bien, semejando a Jesucristo como pastor que guía y cuida de su rebaño, por cuanto se concebía que “las ideas religiosas son el complemento de la verdadera educación, y cuando no iluminan la mente del maestro, no podrá conducir a sus educandos a la perfección moral” (Celis, 1916, p. 424). Esto implicaba que el maestro estuviera en conexión directa con Dios a través de la permanente vivificación de los sacramentos, en especial del acto eucarístico, al que se acudía incluso en compañía de los niños, siendo prácticas que aún se replican en la actualidad.

La labor que desarrollaban los maestros era enaltecida como una de las más esenciales, dignas de todo el respeto y la admiración por parte de la sociedad, teniendo en cuenta que:

[...] es indiscutible la nobleza del magisterio, muy grandes son los deberes que nos impone; pues si todo hombre, en cualquier esfera de acción, tiene que rendir culto al deber, esta obligación crece de importancia al tratarse de un modelador de los ciudadanos del porvenir (Celis, 1916, p. 424).

De acuerdo con lo anterior, se le dio al maestro un lugar de relevancia, por cuanto en sus manos está formar a los niños, los cuales se convirtieron en la esperanza de un futuro próspero. Asimismo, se reconoció que el “educador no puede ser un simple asalariado, porque su labor exige elevado espíritu apostólico. Es apenas natural prever, si, la remuneración que permita al maestro y a su familia vivir

---

*Manifestando abiertamente su rechazo a cualquier tipo de educación o temáticas que se alejara de sus principios religiosos, pues se consideraba que desviar la atención de los niños hacia asuntos que no tuvieran a Dios como eje central atentaban contra el Estado, la sociedad y la familia conduciendo a los alumnos por los caminos del mal[...]*

---

en acuerdo con los deberes que su misión le impone” (MEN, 1949). En ese sentido, que el maestro goce de bienestar cobra importancia teniendo en cuenta que “el educador debe sembrar ideas, desarrollar energías y hacer aceptar principios, que den por resultado convicciones profundas, esto es, que sus cualidades son de orden físico, intelectual y moral” (Gonzaga, 1913, p. 745), considerando que el maestro debía ser el mejor ejemplo de un cristiano ferviente que lucha contra el pecado para llegar al fin último de la redención.

Dentro de las ocupaciones que se le atañen al maestro de esta época, se encuentra el uso indispensable de “la instrucción, como parte esencialísima de la educación [...] [la cual] contribuye poderosamente a alcanzar el fin de esta, es decir, conducir al hombre a sus destinos en la tierra y aún más allá de los horizontes de ella” (Martínez, 1916, p. 426), razón por la cual se consideraba que todas las acciones que realizaba el hombre eran un producto de la instrucción,

Largo sería enumerar uno a uno los fines que el hombre tiene que llenar sobre la tierra, pero en todos ellos la instrucción desempeña el principal papel: por ella el hombre pone los elementos de la naturaleza a su servicio; por ella penetran en las profundidades desconocidas de los mares; por ella se atreve a investigar una a una las manifestaciones del espíritu, por ella se transforman las naciones, se civilizan los pueblos, se establecen las escalas sociales, se conoce la gran-

deza de nuestro principio y la sublimidad de nuestro fin; por ella la inteligencia se remonta a contemplar las verdades sobrenaturales, y el hombre, orgulloso de poseerla, se eleva en la atmósfera como queriendo salvar los límites que Dios le marcó (Martínez, 1916, p. 426).

Identificándose que era el maestro quien, a partir de sus prácticas de instrucción, le proporcionaba a los niños las herramientas necesarias para que se convirtieran en ciudadanos ejemplares que actuaban en todo ámbito movidos por el amor a su Patria y a sus principios religiosos, así el Estado a través de los representantes del Ministerio de Instrucción Pública le solicitaban a los maestros “elevar su escuela al nivel que debe ocupar en una república democrática y cristiana [dar] pruebas de moralidad y cultura [llevar] método y armonía en sus procedimientos” (Celis, 1916, p. 424) considerando que, a partir de estos lineamientos, la escuela respondería perfectamente a los intereses nacionales, resaltándose las pretensiones religiosas y sociales que tanto el Estado y la Iglesia esperaban de los maestros, fundamentando la fe cristiana como principio indispensable para conservar la armonía y la paz en el país.

Al maestro también se le asignó la facultad de impartir castigos, que eran concebidos durante la primera mitad del siglo XX, como la mejor forma de reprender a aquellos niños que, tentados por los deseos y el pecado, realizaban actos que iban en contravía del ideal cristiano. Dentro de las actitudes que se rechazaban a toda costa, se relacionaban

*Al maestro también se le asignó la facultad de impartir castigos, que eran concebidos durante la primera mitad del siglo XX, como la mejor forma de reprender a aquellos niños que, tentados por los deseos y el pecado, realizaban actos que iban en contravía del ideal cristiano.*



“la soberbia, generalmente en la forma de egoísmo, terquedad, desobediencia, susceptibilidad, crueldad, el miedo que suele llegar a convertirse en cobardía, la timidez y vergüenza exageradas; la mentira, la glotonería y la ira” (Restrepo, 1916, p. 569). Este tipo de características debían ser reprendidas cuanto antes por el maestro al ser la autoridad de la escuela, y quien era responsable de velar y preservar las almas puras de los niños, incentivando por el contrario virtudes esenciales de todo aquel que profesaba la religión católica, la piedad, el amor incondicional a la familia y al trabajo, el respeto a los semejantes y el temor de Dios.

En este sentido, el maestro —haciendo uso de su autoridad— debía “castigar en perfecta calma y después de pensar detenidamente la gravedad de la culpa, sus causas, sus efectos y la naturaleza del delincuente [sólo así el castigo posibilitaría] en el culpable el dominio de sí mismo haciéndole formar firme propósito de apartarse del mal y obrar con rectitud” (Gómez, 1916, p. 428), asemejando un acto de contrición que hiciera que el niño fuera consciente del pecado cometido y de las consecuencias que traía consigo desagradar a Dios, buscando reivindicarse y obtener el perdón a través de la oración y de las obras de misericordia que pudiese ofrecerle a sus semejantes.

Cabe reconocer que, según Foucault (1988), “El cristianismo es la única religión que se ha organizado a sí mismo como Iglesia, y como tal, postula en principio que ciertos individuos

pueden, por su cualidad religiosa, servir a los otros” (p. 8). Este panorama deja al descubierto que, durante la primera mitad del siglo XX, al maestro se le asignó unas facultades especiales que lo hacían digno de educar, como un gesto de entrega y de servicio hacia los otros que necesitaban de su orientación, desarrollándose así un poder pastoral que era ejercido por el maestro a través de las prácticas y los discursos con los que se relacionaba con sus estudiantes.

El poder pastoral es definido por Foucault (1988) como un “poder cuyo objetivo último es asegurar la salvación individual en el otro mundo” (p. 8); por lo que es pertinente relacionar este poder con la función que cumplía el maestro al ser la persona que conducía a los niños a través de la instrucción y la educación hacia su fin trascendental, lograr la vida eterna y es un “poder que no sólo se preocupa por toda la comunidad, sino por cada individuo particular” (p. 9); papel que cumplía el maestro a cabalidad si se considera que debía estar pendiente de cada niño como sujeto, pero también debía tener una perspectiva de los niños que tenía asignados a su cuidado, desde un sentido colectivo que le brindara las luces necesarias para direccionar sus prácticas de enseñanza hacia el beneficio común.

La formación de los maestros desde las influencias religiosas, posibilitó las condiciones para que el maestro se convirtiera en una réplica de los pastores, para lo que era necesario que cada maestro desarrollara al máximo un control total sobre sí, teniendo en

---

*Cabe reconocer que, según Foucault (1988), “El cristianismo es la única religión que se ha organizado a sí mismo como Iglesia, y como tal, postula en principio que ciertos individuos pueden, por su cualidad religiosa, servir a los otros” (p. 8).*

---

cuenta que el imaginario que tenían los niños sobre su maestro se convertía en un referente a imitar, esto quería decir que el maestro era una figura pública, y que sus comportamientos y formas de vivir estaban en la mira constante del resto de la sociedad, donde el estado y la iglesia ejercían la vigilancia y el control necesario para que cada maestro cumpliera, de forma intachable, la tarea que le había sido confiada, reflejando “los procedimientos que, sin duda, existen en toda civilización, propuestos o prescritos a los individuos para fijar su identidad, mantenerla o transformarla en función de determinados fines, y por eso gracias a relaciones de dominio de sí sobre sí” (Foucault, 1997, p. 109). El maestro de esa época era un claro ejemplo de dominio sobre sí, ya que todos los ámbitos de su vida debían estar acordes a los ideales impuestos por sus superiores.

### La escuela es una creación y una redención

*Una casa de educación se convierte en un templo; el empleo de maestro se levanta a las alturas del sacerdocio; entonces el árbol de la educación fructifica, y sus frutos son el hombre injertado en el cristiano; fruto digno de la palabra y sangre de Cristo (Gonzaga, 1913)*

---

*El maestro de esa época era un claro ejemplo de dominio sobre sí, ya que todos los ámbitos de su vida debían estar acordes a los ideales impuestos por sus superiores.*

---

En este apartado se abordan las relaciones de la educación y la religión católica, teniendo en cuenta que, durante la primera mitad del siglo XX, los principios fundamentales de la escuela

estaban establecidos en concordancia con los ideales de la Iglesia Católica, la escuela era considerada como “el germen de todo bien, el principio fecundo de donde la vida se escapa de todas las formas posibles: semeja al hogar paterno; toma prestados los rasgos del templo, y constituye la prolongación de ambos” (Gonzaga, 1913, p. 741), entendiéndose que la escuela era una extensión del núcleo familiar y de la Iglesia, y el lugar en donde el niño reafirmaba sus principios morales y religiosos, ya que se tenía una profunda creencia en que “la enseñanza cristiana encerraba la solución de todos los grandes problemas, que ilumina las tinieblas de lo pasado, de lo presente y de lo futuro” (Gonzaga, 1913, p. 742). Esto conllevaba a reconocer que la fe trascendía a través del tiempo y del espacio para bien de la nación.

La escuela, como institución donde se desarrollaban una serie de dinámicas particulares, se concebía como

[...] un mundo pequeño; ella prepara, arregla y destina a esas almas, que como tiernos tallos empiezan allí a brotar hojas, flores, frutos y espinas que ha de embellecerlos o ahogarlos en ese inmenso y oscuro jardín del mundo; y que esos corazones infantiles existen en germen o se desarrollan las mismas virtudes y vicios que dominan a los hombres de mundo (Gómez, 1916, p. 426).

Consideraciones por las que los maestros para la infancia debían tener las herramientas necesarias para hacer que la educación, que se les impartía a

los niños, estuviese dirigida a garantizar el desarrollo y fortalecimiento de sus facultades espirituales, haciendo que cumplieran con respeto y obediencia los designios de Dios, alejándose de los malos hábitos y del pecado.

Los principios de la Iglesia Católica se arraigaron en la escuela. De tal manera que, para el maestro “educar un joven era desenvolver completamente los dones que ha recibido del cielo; es formar el hombre, el ciudadano y el cristiano: el hombre con dignidad, ciudadano con intenso amor patrio y cristiano a carta cabal” (Gonzaga, 1913, p. 739). Los objetivos, tanto de la iglesia como de la escuela, eran formar personas con tres características fundamentales para la sociedad: en primer lugar, un hombre creyente, respetuoso de los preceptos religiosos; en segundo lugar, un ciudadano consciente de su responsabilidad para con la sociedad y el Estado; y, en tercer lugar, un patriota defensor de su país. En este sentido, la escuela debía formar al niño para convertirlo en un hombre que cumpliera con unas cualidades necesarias que lo hiciesen convertirse en un ser digno de representar a su familia, a su país y a su fe. Por ello:

La educación consistía en excitar y dirigir la actividad libre del hombre para que adquiriera toda la perfección en consonancia con su naturaleza; es la dilatación del ánimo hasta llegar al ideal natural y sobrenatural, como el fin para el cual Dios lo ha criado y puesto en este mundo (Gonzaga, 1913, p. 739).

En la escuela se preparaba al hombre no solo para que tuviese una vida fructífera sino para que, a través de sus actos de bondad y fidelidad a las creencias Católicas, lograría salvar su alma, teniendo como recompensa la vida eterna en el cielo después de la muerte. En consecuencia, el maestro por medio de la instrucción buscaba “dar flexibilidad al entendimiento del niño, energía a su voluntad y vigor a sus fuerzas físicas, a fin de hacerlo apto para el combate de la vida y para encaminarlo a la consecución de su fin sobrenatural” (Celis, 1916, p. 424), entendido como la salvación eterna.

Durante la primera mitad del siglo XX, se consideró la necesidad de estructurar la escuela primaria que, según el MEN (1941), era amorfa en su contenido espiritual, por falta de orientaciones precisas y objetivos concretos, como también la escasa dotación de materiales y mobiliario de los que carecía gran parte de las escuelas, y especialmente las ubicadas en las zonas rurales del país, para que se cumplieran las aspiraciones de estructurar espiritualmente la escuela primaria, se consideró preciso que:

Cada maestro reciba del Estado los instrumentos indispensables. Ellos consisten no solamente en el programa de la materia, sino también en el texto-guía que desarrolle en forma consciente, progresiva, científica tal programa, para que el maestro no tenga lagunas ni vacilaciones en el ejercicio de su labor docente... ese desarrollo mínimo pero suficiente del programa, permitirá al maestro ampliar sus lecciones, y asegurará una enseñanza básica de las materias fundamentales que el

---

*Los principios de la Iglesia Católica se arraigaron en la escuela. De tal manera que, para el maestro “educar un joven era desenvolver completamente los dones que ha recibido del cielo [...]*

---

Estado considera como estructura espiritual de la escuela primaria (MEN, 1941, pp. 6-7).

Por esto, se realizó la elaboración de cartillas en las que se incluían todos aquellos temas que debían ser atendidos en la escuela, con el ánimo también de unificar los planes de estudio de acuerdo con las exigencias nacionales, y donde la educación religiosa ocupó un lugar de relevancia, por cuanto hacía parte del ideal de ciudadano que el Estado deseaba que se formaran en la escuelas, sumado al sentido patrio, siendo una tarea Fundamental para el maestro recordar ante las generaciones nuevas, que son el porvenir, todo el esfuerzo de los fundadores de la República, los ejemplos imperecederos de héroes y de mártires de la patria, los derechos fundamentales de una democracia que ellos conquistaron para hacernos libres, y los deberes correlativos que impone a todo ciudadano (MEN, 1941, p. 8). Concluyendo que la Educación, en sus aspectos intelectual, moral y religioso en la Escuela Primaria Colombiana, se continuará llevando a la práctica según el espíritu y significado contenido en la Constitución y Leyes de la República, con la dirección y vigilancia de las autoridades competentes para cada caso (MEN, 1949, p. 10).

zación cristiana y, por decirlo así, la reglamentación práctica de la libertad en el sentido kantiano: obra de tal suerte que el ejercicio de tu derecho pueda coexistir con el de los demás, según una regla general” (MEN, 1941, p. 7).

Esto conducía a que el niño, como ciudadano colombiano, estaba en la obligación de respetar y velar por los derechos de sus semejantes y de los propios, logrando una convivencia en paz.

En este orden de ideas, aparece también “la cultura física, como base de la defensa de la raza, temple de sus resortes morales y de su varonía, cimiento de la confianza en el propio esfuerzo y de la disciplina del carácter” (MEN, 1941, p. 4), resaltándose la intención de formar al niño como un hombre con la fortaleza física y espiritual necesaria para defender a su patria con valentía y honor si era necesario, y donde la familia también cumplía un papel influyente en formar al niño con esas características, considerándose que “el hombre inteligente y libre requiere de educación. Y el formar física, intelectual, moralmente al hijo es uno de los deberes [...] que le corresponden a los padres” (Carrasquilla, 1914, p. 85), quienes, a través del ejemplo, les demuestran a sus hijos fidelidad y amor por su patria.

Por otra parte, aunque en la época se concebía que el “problema de la educación entraña, desde la raíz a sus vastas ramificaciones intelectuales, espirituales y sociales, el problema de la plenitud de la vida. Así, es inútil crear

---

*Concluyendo que la Educación, en sus aspectos intelectual, moral y religioso en la Escuela Primaria Colombiana, se continuará llevando a la práctica según el espíritu y significado contenido en la Constitución y Leyes de la República*

---

En conexión a lo anterior, se resaltan otros aspectos que no pueden ser descuidados en la escuela y que necesariamente deben formar parte de la educación que se les impartía a los niños, dentro de los que se destacan:

[...] los principios de moral y urbanidad, que son la base de la civili-

en su torno concepciones y sistemas que nunca podrán contener el sentido del hombre” (Tudela, s.f, p. 10); se empezaron a presentar fisuras que pretendían desligar la educación de los niños de los principios religiosos, argumentando que “el niño es imaginación pura; el anciano, desabrida experiencia. Vale decir: el niño crea y re-crea; el viejo, disuade, repite, des-crea” (Bermúdez, 1942, p. 27). Estas características se convertían en el punto de partida para impulsar la idea de que los niños no debían ser formados a imagen y semejanza de los adultos, sino que debían constituirse como sujetos a través de la interacción y la exploración del mundo sin limitaciones, donde:

La experiencia es una larga cadena de renunciadas, de derrotas, de limitaciones en el espacio y en el tiempo. Todo hombre achacoso, todo organismo enfermo, todo corazón estropeado es seguramente un apóstol de la experiencia, que predica la abstención como norma universal de sabiduría eterna. Así, la educación “normal” es hasta el día un conjunto de experiencias, es decir, de abstenciones, de ayunos, de truncamientos, de limitaciones. Viejos Salomones averiados le predicaban al niño y al adolescente que se limiten, que se abstengan, que se recorten –mirífico sistema de obtener hombres trancos, incapacitados, incompletos (Bermúdez, 1942, p. 27).

A partir de esto, se crea una crítica sobre los principios de la Iglesia Católica, que pretendían dirigir los comportamientos y las acciones del hombre según el ideal de cristiano que ellos esperaban formar. La escuela buscaba controlar

la conducta de los niños, para lo que Foucault (2006) aclara que:

[...] conducta hace regencia a dos cosas: es la actividad consistente en conducir, la conducción, pero también la manera de conducirse, la manera de dejar conducirse, la manera como uno es conducido y, finalmente, el modo de comportarse bajo el efecto de una conducta que sería acto de conducta o de conducción (p. 233).

Por lo que, educar está ligado al gobernar, si se reconoce que “las prácticas pedagógicas son en lo fundamental prácticas destinadas a conducir conductas: formar, instruir, disciplinar, enseñar, orientar, etc.” (Marín & Noguera, 2013, p. 130). En este sentido, se identifica que el maestro, desde su formación, era conducido por el estado y por la Iglesia Católica, para que a su vez él fuera capaz de conducir a los niños según sus intenciones.

Reconocer que las prácticas educativas que posicionaron al maestro, durante la primera mitad del siglo XX, como un sujeto de saber, están relacionadas principalmente a su apropiación de las costumbres y la fe cristiana, deja al descubierto que:

En su articulación con las relaciones con el otro (como es encontrado en la pedagogía, en los consejos de conducta, en la dirección espiritual, en la prescripción de los modelos de vida, etc.)... no se puede considerar que la pedagogía, gobierno de sí y salvación constituían tres dominios perfectamente distintos y que operaban con no-

---

*A partir de esto, se crea una crítica sobre los principios de la Iglesia Católica, que pretendían dirigir los comportamientos y las acciones del hombre según el ideal de cristiano que ellos esperaban formar.*

---



ciones y métodos diferentes; de hecho entre uno y otro había muchos intercambios y una verdadera continuidad (Foucault, 1997, pp. 111-112).

Es así que, en esa época, el Estado y la religión encontraron en la pedagogía un complemento perfecto para desarrollar dispositivos de gobierno que les posibilitaran mantener su poder sobre los sujetos de forma individual, pero también de toda la sociedad en general.

### Los niños: ángeles de amor

*“Dios ama a los niños porque son en la tierra los divinos intérpretes de su celestial idioma: el amor y la verdad, y, sin embargo, hay quienes se complacen en poner en sus tiernos labios frases descompuestas, para provocar la hilaridad inconsciente, fuera de sentido moral, que sólo debiera complacer a seres agotados por el vicio”*  
(Goethe, 1916).

Durante la primera mitad del siglo XX, se resalta la necesidad de que los niños fueran cuidados, protegidos y orientados por los adultos a través de ejemplo, quienes debían inculcarles desde los primeros años las creencias y prácticas religiosas que los distinguían como verdaderos cristianos, por tanto:

Padres, maestros y sacerdotes aparecen como la trinidad educadora de la época y constituyen aquellos pilares en los que la sociedad depositó la responsabilidad de “per-

feccionar” a los niños considerados como sujetos “maleables e imperfectos, irreflexibles y frágiles y encauzarlos por el camino de la vida racional y cristiana (Muñoz y Pachón, 1991, p. 374).

La formación del maestro para la infancia, a través de las influencias religiosas, configuró la relación pedagógica que se establecía entre el maestro y el niño en la escuela, dado que el principal objetivo de las prácticas que realizaba el maestro estaban encaminadas a responder a

[...] la formación religiosa, moral, intelectual y física del niño, sobre la base de los dogmas y de la moral de la Iglesia Católica, tendiente a formar el ciudadano perfecto, plenamente consciente y cumplidor de sus deberes para con Dios, para con la patria, con la sociedad, con la familia y consigo mismo (MEN, 1949, p. 10).

Así, se entendió que el niño era un sujeto al que el maestro podía ejercer control sobre su voluntad, modelándola en el bien moral; el espíritu, guiando sus facultades estéticas; el carácter, robusteciéndolo en la severa disciplina; cualidades necesarias para alcanzar un estado sublime de perfección que respondiera al perfil del ciudadano que el país necesitaba.

A su vez, las creencias católicas le atribuyeron a los niños características relacionadas con la divinidad, haciéndose evidente metáforas donde se expresaba explícitamente que “los niños son diáfanas y blancas nubes que transportan

*La formación del maestro para la infancia, a través de las influencias religiosas, configuró la relación pedagógica que se establecía entre el maestro y el niño en la escuela*

al cielo. Son ángeles de amor que alegran la tierra. Su candorosa sonrisa, su estrepitosa algazara, forman el himno constante de la inocencia que se eleva al cielo” (Goethe, 1916, p. 167); lo cual refleja que el niño era visto como un ser de alma pura que debía ser resguardado a toda costa de las acechanzas permanentes del mal, bajo el fundamento de que los niños estaban libres de toda culpa, pero esto no era un impedimento para que aun así existieran personas que se empeñaban en “[...] cambiar el destino de los niños, robándoles la inocencia [...]” (Goethe, 1916, p. 168), contaminando sus almas con el pecado y los deseos terrenales. Por ello, se creía que cualquier manifestación de conductas inapropiadas en los niños era causado por una influencia externa a él, ya que la naturaleza del niño no poseía ningún vicio, por tanto, sus curiosidades, inquietudes e instintos eran “apremios claros de la vida sin sombra de perversidad ni de bajeza” (Bermúdez, 1942, p. 27).

En este sentido, se consideraba que los niños estaban libres de toda culpa, al ser templos vivos de un alma pura que Dios había puesto en cada uno de sus corazones, pero a su vez se reconocía que el niño “de igual manera que experimenta las incitaciones de la sed, del sueño y del hambre, del mismo modo siente, por ejemplo, una curiosidad sagazmente insaciable por la realidad sexual y los “misterios” de la perpetuación humana” (Bermúdez, 1942, p. 27); intereses naturales que debían ser atendidos por el maestro con la mayor sutileza posible para que ningunos de los alumnos, asignados a su cuidado y orientación, se

desviara de la senda correcta, incitado por las acechanzas del mal.

La familia como eje central de la sociedad, no podía dejar toda la responsabilidad de la educación de los niños en las manos de los maestros, por el contrario debía asumir un papel activo reafirmando las creencias y prácticas cristianas a través del ejemplo y de los buenos consejos que le brindaban a sus hijos, entendiéndose que las malos modales o las acciones indebidas que realizaba un niño estaban influenciadas por la formación que le había sido impartida en su casa, resaltándose que un niño irrespetuoso y malcriado era “insoportable para propios y extraños, un descredito para sus padres” (Restrepo, 1916, p. 571).

Por otro lado, se creó una caracterización del hombre adulto como un ser acabado con pocas iniciativas de transformación o cambio, contrario a la percepción de principio que se le asignaba al niño, argumentándose que el “niño es siempre nuevo. Y precisamente en esta maravillosa ineditéz radica el valor inapreciable de la persona infantil como posibilidad de renovación humana, de progreso moral” (Bermúdez, 1942, p. 27), con lo cual se reitera que, los niños son referenciados como una nueva generación que fortalecería los propósitos del país hacia su visión de desarrollo económico y social. En este sentido, también se resaltaba que “en el adulto la historia era un perpetuo retorno, una comedia monótona que se repite. En la niñez, por el contrario la historia, en cuanto es una posibilidad

---

*“de igual manera que experimenta las incitaciones de la sed, del sueño y del hambre, del mismo modo siente, por ejemplo, una curiosidad sagazmente insaciable por la realidad sexual y los “misterios” de la perpetuación humana”*

---

proyectada hacia el futuro, es siempre nueva, venturosa, inédita” (Bermúdez, 1942, p. 26). Por esta razón, los niños se convertirían en los forjadores de un país renovado y próspero, escribiendo una nueva historia encaminada al éxito de la nación colombiana.

La idea del niño, como sujeto de posible transformación, consideraba que el “niño —tanto urbano como campesino— es algo más que hombre: es superhombre, por cuanto en él la historia, al reemprender el curso enigmático, se renueva precipitando su marcha hacia un encumbramiento final” (Bermúdez, 1942, p. 27). A partir de estas ideas, educar a los niños se convierte en una responsabilidad trascendental de la que depende el futuro inmediato de la nación; por tal razón, los maestros fueron formados con gran disciplina y cautela para responder a los desafíos que se enfrentaban tanto en las escuelas urbanas como rurales, promulgando los principios de igualdad de oportunidades como lema bandera del Estado.

Las características que les eran asignadas a los niños durante esta época, reflejan la intención de gobernarlos. En este sentido, se entiende el gobernar como las acciones “orientadas a actuar sobre las posibilidades de acción de los otros. Gobernar[...] es estructurar el posible campo de acción de los otros” (Foucault, 1983, p. 16). El maestro era formado para conducir a los niños hacia el desarrollo de las capacidades y habilidades físicas, intelectuales y espirituales. Cabe resaltar que, “nunca se gobierna un Estado, nunca se gobierna un territorio, nunca

se gobierna una estructura política. Los gobernados, con todo, son gente, hombres, individuos, colectividades” (Foucault, 2006, p. 149). Es por esto que, para el Estado, se hace indispensable controlar a las nuevas generaciones, promoviendo en ellos la construcción de una identidad que esté en sintonía con sus objetivos económicos y políticos.

Para que las personas no estuviesen en desacuerdo con las dinámicas del Estado, se hizo necesario que, desde las escuelas primarias, los niños le profesaran respeto a las autoridades nacionales; por lo que, el maestro, desde su poder pastoral, infundía en sus estudiantes prácticas que fortalecían su sentido de pertenencia hacia la nación. En este escenario, se resalta que no se puede gobernar a los otros sin “conocer el pensamiento interior de la gente, sin explorar sus almas, sin hacerlos revelar sus secretos más íntimos. Ello implica el conocimiento de la conciencia y la habilidad de guiarla” (Foucault, 1988, p. 9). Para tales fines, las prácticas de disciplinamiento cobran fuerza, y el sentido de culpa que se siembra en los niños cuando cometen acciones que están rechazadas desde los principios cristianos, se convierte en el principal mecanismo de control sobre los pensamientos y las acciones de los niños.

## Conclusiones

La formación de los maestros, en la primera mitad del siglo XX en Colombia, estuvo marcada por las influencias religiosas de la Iglesia Católica, lo que produjo que los maestros se constituyeran a través de

---

*Para que las personas no estuviesen en desacuerdo con las dinámicas del Estado, se hizo necesario que, desde las escuelas primarias, los niños le profesaran respeto a las autoridades nacionales; por lo que, el maestro, desde su poder pastoral, infundía en sus estudiantes prácticas que fortalecían su sentido de pertenencia hacia la nación.*

---

discursos relacionados con la salvación, la redención y prácticas religiosas de disciplinamiento y conducción que legitimaban la importancia de su labor: gobernar en la escuela las almas puras de los niños y conducirlos según los designios de Dios, para alcanzar el fin último de la vida.

La escuela, como institución, se convirtió en una extensión de la familia y de la iglesia, siendo el lugar donde los niños reafirmaban sus principios morales y corregían sus conductas. Esta era la encargada de formar a los niños, preservando las costumbres y los ideales de la fe Cristiana, apartándolos de las acechanzas del mal.

La infancia ocupó un lugar relevante dentro de la sociedad durante la primera mitad del siglo XX, no por lo que representaban en el presente sino porque los niños eran considerados la

esperanza del futuro. Por esta razón, se buscaba brindarles todos los cuidados necesarios para asegurar el desarrollo integral de sus facultades físicas, intelectuales y morales, y garantizar que la educación que recibían en las escuelas oficiales estuviese dirigida a formar ciudadanos leales a su patria y a su fe cristiana, contribuyendo a los objetivos de progreso y modernización a los que apuntaba la nación.

Finalmente, vale la pena traer a colación que, el poder pastoral y el gobierno se fusionaron en la escuela como prácticas que fueron instauradas por el maestro para controlar y conducir a los niños, para lo cual se hizo necesario que el maestro se formara como un cristiano ejemplar que lograba replicar el sentido auténtico de la Iglesia; y, asimismo, los dispositivos de disciplinamiento se convirtieron en el principal mecanismo para regular las acciones de los niños.

## Referencias

- Bermúdez, P. (1942). Personalidad infantil. *Horizontes órgano de la asociación Santandereana de maestros*, (46), 26-27.
- Carrasquilla, R. (1914). El Maestro. *Boletín de Instrucción pública de Cundinamarca* (Tomo I), 82-86.
- Celis, J. (1916). Deberes del Maestro. *Boletín de instrucción pública de Cundinamarca* (tomo III), (21), 424-425.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20.
- Foucault, M. (1997). *Resumo dos cursos do Collège de France (1970-1982)*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población* (H. Pons, trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *El gobierno de sí y de los otros*. Madrid: Ediciones Akal.
- Goethe. (1916). Los niños. *Boletín de instrucción pública de Cundinamarca* (tomo III), (21), 167-168.

- Gómez, M. (1916). Castigos que deben usarse en la escuela. *Boletín de instrucción pública de Cundinamarca* (tomo III), (21), pp. 426- 428.
- Gonzaga, L. (1913). Ideal del maestro cristiano. La escuela es una creación y una redención, elementos de educación. *Revista de la Instrucción Pública de Colombia* (Tomo XXVI), pp. 739- 747
- Martínez, I. (1916). Importancia de la Instrucción. *Boletín de instrucción pública de Cundinamarca- Bogotá* (tomo III), (21), 425-426.
- Ministerio de Educación Nacional. (1941). *Discurso del ministro* (Tomo I). Bogotá: Biblioteca Nacional, pp. 3-9.
- Ministerio de Educación Nacional. (1949). Conclusiones aprobadas por la conferencia de inspectores Nacionales de educación primaria, en sus sesiones del 6 al 11 de diciembre de 1948. Bogotá: Biblioteca Nacional, pp. 10-11.
- Muñoz, C., & Pachón, X. (1996). *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Planeta.
- Pineau, P. (1999). ¿Por qué triunfó la escuela? O la modernidad dijo: “esto es educación”, y la escuela respondió: “yo me ocupo”. En P. Pineau. *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Restrepo, M. (1916). Pedagogía doméstica, Sección científica, pedagógica y literaria. *Revista de la instrucción pública de Colombia*, (28), 568-578.
- Tudela, R. (s.f). La vida como Educación. *Revista Educación*, 10-17.
- Uría, J. (1946). La Iglesia y el niño. *Revista Interamericana de educación*, 5(4), 29-51.